

La hora más larga. En tiempos del coronavirus*

*«Menandro, se acercan las Dionisias,
¿no has compuesto tu comedia?».
«Por supuesto que sí –respondió–,
yo ya he compuesto la comedia.
He organizado el argumento,
ahora sólo falta poner los versos».*

1.

Se suele decir que, según la teoría de Judy Carter, la carga emocional con la que se estructura el humor está relacionada con que algo puede ser difícil, o raro, o estúpido, o atemorizante. Pero ¿y si fuera las cuatro cosas a la vez?

Roxi iba y venía por su departamento de San Telmo desgastando el piso de las maderas de lo que ella había creído siempre que era roble de Eslavonia pero no, aunque tuviera más de un siglo, era madera común y corriente. Así era todo ahora: no, no era como ella había creído, ni más remotamente. Hasta no hacía mucho había creído, por ejemplo, que podía llevar adelante la familia y el trabajo, así, a distancia, total, ahora, con el corona, con la pandemia, todo era desde lejos, y virtual, y *online* o remoto, manejable desde los botones del teléfono o las teclas de la computadora, pero no, la realidad se le imponía para volver más compleja la frase de Tolstoi en el comienzo de *Ana Karenina*: «Todas las familias felices se parecen, pero las infelices lo son cada una a su manera» porque, sin dudas, la de ella era una familia feliz pero también, sin dudas, completamente distinta a todas las demás.

Podemos imaginar que Roxi fue advirtiendo que su familia era diferente cuando, en la infancia, su padre los hacía caber en un solo auto a los diez hijos y, en cada semáforo, en cada ocasión

*Fragmento de novela inédita.

en que el auto quedaba detenido junto a otros vehículos, de los otros coches comenzaban a mirarlos y a contar las cabezas de los niños como si, al saber la cifra exacta, pudieran llegar a comprender, desentrañar –Roxi sabía que «descifrar» era la palabra correcta–, siquiera por fuera, algo de lo que significaba pertenecer a semejante familia numerosa. De alguna parte, siempre a mano, uno de los chicos ostentaba un prolijo cartel pintado en letra manuscrita: «no saque la cuenta que somos cincuenta». Y así quedaba zanjada la cuestión, los curiosos de los otros autos sonreían y Roxi, una más dentro de ese montón de varones, pensaba en lo triste que serían los que no tenían hermanos con quienes jugar porque ella, en la infancia, en esa época ahora tan atrás en el tiempo, había tenido, como un tesoro que recordaría para siempre, una innumerable cantidad de hermanos con los que divertirse.

Hasta ahí, se podría decir que su infancia había sido rara, pero no difícil, ni estúpida, ni atemorizante.

Ahora, en cambio, mientras iba y venía por el piso del simple parquet de madera de la pinotea que se usaba a principios del siglo pasado en la zona de San Telmo –su departamento era de 1904–, su familia ya era otra, y a los hermanos y a las sobrinas se había sumado su propia cosecha, porque estaban sus tres hijos, sus tres hijos de tres maridos diferentes, que volvían, otra vez, a demostrar que, por más que en Buenos Aires las mujeres ahora fueran muy modernas y muchas se hubieran separado un par de veces, Roxi, sin dudas, había seguido un camino fuera de lo común. Ella se daba cuenta de que en países como en Brasil, por ejemplo, en que los hijos llevan el apellido de la madre, no habría llamado tanto la atención pero, en la Argentina, esos tres hijos de tres apellidos notoriamente distintos, le acarreaban a Roxi tener que ir por el mundo dando explicaciones que a ella no siempre le interesaba compartir. Parecía que tenía que justificarse, pedir una disculpa, ella, precisamente ella, que se sentía tan feliz y orgullosa de tenerlos y de su propia trayectoria, original, única, a contramano de lo recomendable, pero que, por esas razones misteriosas que solo el destino conoce, había surgido de esa manera. La vida, para las personas como Roxi, no es algo que se planea con la exactitud del mecanismo de un reloj suizo y, en apariencia, ahora uno de sus hijos, le demostraba que, no en vano, llevaba su propia sangre y su mismo ímpetu.

Y entonces comenzaba lo difícil.

A principio de año, en enero de 2020, su segundo hijo seguía los pasos del primero y se iba al exterior, en busca de otros horizontes. A Roxi se le iluminaban los ojos por esos hijos intrépidos, audaces, que se atrevían a salir a buscarse una vida sin temor a las emociones nuevas más allá de las fronteras conocidas. De modo que, cuando a mediados de marzo se decretó la cuarentena en la Argentina por la pandemia del coronavirus, Roxi se encontró, otra vez en esa vida de excepción y que en tan poco se parecía a la de los demás, con un hijo en cada continente: Hugo en Francia, desde hacía un par de años, Bruno recién llegado a Wellington, en Nueva Zelanda, y Santino, el más chico de los tres, con ella, en una plácida residencia en San Isidro.

Y entonces comenzaba también lo raro, porque todo se había vuelto raro. El mundo entero se había vuelto rarísimo para todos, y la pandemia mundial, como había dicho alguien por aquí, se llevaba por delante las viejas costumbres y el universo entero tuvo que aprender nuevos hábitos y a que, lo extremadamente raro, como salir a la calle disfrazados, pasara a ser lo de todos los días. Que una persona saliera a la calle sin barbijo, sin máscara, sin algún tipo de escudo protector, podía acarrearle la cárcel y a todos, de golpe, eso nos parecía absolutamente normal y bien que lo tenía merecido.

Pero entonces se filtró también lo estúpido. Porque la llamaron de su viejo departamento de soltera, su departamento en San Telmo por el que ahora caminaba a prisa, yendo y viniendo sobre el parquet de madera común y corriente, que una cañería se había roto, que el agua estaba inundando el patio del vecino de abajo, que la vecina de al lado temía por su piano y Roxi, que en enero había comenzado a llevar allí, casi completa, su biblioteca de más de cuarenta estantes con cuarenta libros, es decir, aproximado, unos mil seiscientos pesadísimos volúmenes, tuvo que mudarse para controlar que el agua no desbordase y su invaluable colección de libros no se convirtiera en papel maché.

El plomero no conseguía el permiso para circular, de la ferretería vecina se negaban a entrar al departamento de una desconocida, en la empresa de aguas no le atendían el teléfono y lo estúpido se elevaba a la máxima potencia. No quedaba otra que, por la mañana y por la noche, abrir y cerrar la antigua canilla de bronce para controlar el paso de agua que, de acuerdo a un extraño mecanismo propulsado por una bomba en la terraza, que por supuesto funcionaba de forma antojadiza, hacía rebalsar el agua del tanque, de modo que no llegara a inundar el baño, ni el departamento, ni el barrio entero, ni la ciudad de Buenos Aires, tan propensa a las inundaciones. Digamos, como le gritó por debajo del barbijo desde la otra punta del *hall* la mujer que limpiaba en lo de la buena vecina, haciéndose la venia sobre la frente:

–Estamos hasta acá con la pandemia para que vos nos vengas a hacer que tengamos que cortar el agua –Roxi, profesora de escritura a la que le encantaban los juegos de palabras, se entretuvo analizando el atrevimiento verbal del «venir a hacer que tener que cortar» dicho así nomás, tan fácil, por una mujer que, hasta donde le habían dicho, solo habría terminado la primaria.

Y entonces, se quedó sola en el departamento de San Telmo, con un hijo en cada continente, todos en la distancia, todos monosilábicos y un tanto epigramáticos como los jóvenes de hoy en día:

–Hola, Santino, ¿cómo estás?

–Bien.

–¿Y el colegio?

–Bien.

–¿Estás estudiando?

–¿Ah?

–Que si estás estudiando...

–Sip...

–¿Y cómo te está yendo?

–Bien, porque no estoy yendo...

A Santino, cada tanto, le gustaba salirse de los monosílabos para deslizar alguna paradoja, alguna queja o algún descubrimiento. Pero, al menos, a Santino lo tenía a pocos kilómetros: desde la distancia en la que ella se encontraba, a unas veinte cuadras de Congreso (el «kilómetro cero» en Buenos Aires), había casi treinta kilómetros hasta San Isidro y, si la página del gobierno que autorizaba los permisos para circular funcionaba bien, en cuatro horas podía ser acreditada para ir a verlo.

Lo difícil se complicó, también, con los horarios. Con Hugo, en Francia, resultaba más o menos sencillo: era cuestión de sumarle cinco horas. Las ocho de la mañana de Buenos Aires eran la una de la tarde allá, y las tres y cuarto de la tarde porteña eran las ocho y quince de la noche francesa. Pero con Bruno se complicaban más las cosas porque, por más que parezca facilísimo sumar quince horas, siempre resulta estar todo dado vuelta, las dos de la tarde son las cinco de la mañana en Nueva Zelanda y las diez del mediodía, la una de la madrugada.

Bruno había recurrido a una de las típicas becas y trabajaba como *horse breeder* en una granja agotadora, más cerca de Wellington que de Auckland, en la que debía madrugar muchísimo para poder ocuparse bien de los caballos y que lo dejaba extenuado por lo que Roxi nunca sabía bien del todo cuándo no era muy temprano para llamar y cuándo se le había pasado el horario para dejarlo dormir tranquilo por las noches. Así que, de a poco, comenzó a comunicarse menos con Bruno y a saber de él a través de Hugo que cuidaba una casa con jardín en las afueras de Perpiñán por lo que disponía de mayor disponibilidad para los horarios en los que Roxi pudiera llamarlo.

Roxi, a su vez, debía enfrentar sus propios horarios laborales. Las clases en la universidad, ahora vía Zoom, las clases particulares por Skype o por WhatsApp, le exigían sus propios tiempos de preparación siempre y cuando no fallara la conexión de Internet que, en su departamento de San Telmo, resultó ser tan inestable como las lluvias y los vientos de los primeros días del otoño.

Al principio, en el escaso tiempo en que no se dedicaba a preparar clases, corregir, leer, limpiar, hacer las lentas compras, ordenar las cajas de su imprevista mudanza, Roxi se sintió sola y extraña en ese departamento que le resultaba tan distinto a lo que recordaba pero, con los días, fue advirtiendo que podría, por fin, terminar la tesis siempre postergada y presentarse a la cátedra que venía ambicionando desde hacía años. Llamó a su colega en la Universidad de Buenos Aires, a ver si aceptaba ser su tutora y, para su sorpresa, Leonor se mostró reticente porque ya se había postulado para ese puesto ella misma pero, en cambio, le proponía, por qué no, cambiar el tema y escribir sobre «La influencia de la nueva comedia griega del siglo IV a. C. en el teatro renacentista europeo». Algo así, digamos, como un intercambio de tesis por un intercambio de favores.

De modo que, la llamada de Bruno, la llamada que Bruno le hizo desde Wellington, la llamada que llegó a las ocho de la mañana porque Bruno la estaba haciendo desde Nueva Zelanda a las

once de la noche, la sorprendió en medio de la lectura de las comedias de Menandro, discípulo del poeta Alexis y del filósofo Teofrasto, y entonces le llegó a Roxi, por fin, pleno como una puñalada en medio de la cara, lo atemorizante.

2.

Hacía tanto que no hablaba con Bruno, llevaba ya tantos días de resignarse a los mensajes escritos, a las caritas y a los emojis, a estar un poco al tanto de la vida de él por las *stories* subidas a Instagram, siempre rodeado de verde y de caballos, en fotografías pequeñas que luego se borran, que la voz de su propio hijo le resultó rara:

–Hola, má.

–Hola, Bruno, ¡qué alegría más grande! ¿Cómo estás?

–Bien. ¿Y vos? ¿Qué onda?

–Muy bien, Bruno, y ahora que te escucho...

–¿Ah?

–Que ahora que te escucho, mejor.

–¿Seguro estás bien?

–Sí, acá, preparando la tesis...

–Ah.

–¿Y vos? ¿La granja?

–Bien.

–Te veo siempre en las fotos con un montón de amigos...

–Sí.

–¿Y el corona? ¿Cómo te está tratando?

–Y, no se nota.

–¿Por?

–Trabajamos todos los días al aire libre.

–¿Usan barbijos? Yo no te veo con barbijo...

–No, no los tenemos que usar.

–Pero, ¿y no hay problemas de que se contagien?

–Escuchame, má...

–¿Qué pasa? ¿Te contagiaste?

–No, hay una chica.

–¿Una de las chicas se contagió?

–No, que, estamos, estamos saliendo...

–Ah, pero qué lindo, Bruno, qué lin...

–Y hubo una cosa...

–¿Qué? Mirá que si no es argentina, todo bien...

–Es de... es sueca...

–¿Sueca?

–Eh, perdón, digo, es *swiss*...

–Ah, ¡suiza! Es de Suiza...

–Eso, y por eso...

–¿Cómo se llama?

–Lena.

–¿Elena? Qué bonito, ¿con hache o sin hache?

–No, no, Elena no, Lena, Le-na.

–Ah, Lena.

–Y está embarazada...

–Ah, Bruno, pero qué cosa, vos siempre, ¿estás seguro?, qué buena persona sos, Bruno, empezar a salir con una chica embarazada, ¿cómo se te dio por hacer eso?

–Mamá, Lena está embarazada de mí...

–¿Qué? ¿Cómo?

–Sí, vas a ser abuela.

–Ah...

De la impresión, Roxi volcó un poco de café sobre el libro de la editorial Gredos. Quiso alcanzar una servilleta de papel, pero al levantarse, sintió el tirón del cable del teléfono, que había quedado enchufado para cargar la batería. El café se fue filtrando por las páginas griegas amenazando con destruir del todo la bella traducción de Pedro Bádenas de La Peña. Roxi no alcanzó la servilleta ni a oír parte de lo que le había seguido diciendo Bruno.

–¿Y entonces qué? Perdón, Bruno, pero...

–Y entonces habíamos pensado...

–¿Sí?

–Que... resulta que el abuelo de Lena, en Suiza...

–¿Está enfermo?

–Sí...

–¿Del corona? –a toda costa, Roxi evitaba decirle COVID.

–No sabemos...

–¿Y entonces?

–Hacer un llamado, o una teleconferencia, o mejor un Zoom.

–Ah...

–¿Y vos, má, tenés experiencia en Zoom?

–Sí, hijo, por suerte, estos meses, imaginate, como profesora, ya probé de todo...

–Qué bueno, má...

–¿Y sería un Zoom con él?

–Sí, para... no sé, quizá antes de que...

–Ayy, Bruno, no sé qué decirte...

–Dale, má, es por Lena, ¿sabés?

–No, sí, claro, te entiendo, pero, ¿cuándo sería?

–Y... Lena va a preguntar en el hospital...

–Ah, ¿está en un hospital?

–Bueh, no sé, en el lugar ese...

–¿Un geriátrico?

–No, no se llama así...

–¿Quiénes seríamos? ¿Los cuatro?

–¿Qué cuatro?

–Y... vos, Lena, el abuelo ese y yo...

–Y Hugo y Santino...

–Ah, sí, por supuesto, así todos...

–Lo que pasa es que...

–¿Qué?

–Que Lena solo tiene al abuelo, este... los padres se murieron en un accidente de avión y ella es hija única, y entonces, yo...

–¿Sí?

–Le conté de vos, de que tenés tantos hermanos, y de las primas, y de los abuelos, y del tío en Tucumán, y de...

–¿Y entonces?

–Que Lena no lo puede creer y se lo contó al abuelo y él le dijo que su sueño había sido siempre formar parte de una familia tan grande, y que, antes de... de irse... quería un Zoom con todos...

–¿Con «todos»? ¿Qué significa con todos?

–Con todos los más posibles, todos los más que se pueda...

–Ayy, Bruno, Bruno...

–¡Dale, má!

–¿Y cuándo sería?

–No sé, ya te dije, pero supongo que en esta semana, o la otra...

Y así, como un golpe en medio de los ojos, le llegó a Roxi la propuesta de un Zoom con su familia, con toda la familia posible, e irrumpió, en todo su horror, lo atemorizante.

–Bueh, má, no te olvides del tío en Tucumán, porque le conté a Lena lo de...

Muy pocas líneas después Bruno cortó la comunicación y Roxi pensó en lo extraño que resultaba pensar en el tío de Tucumán hablando con Bruno desde Nueva Zelanda. Y pensó, también, en el lío que iba a ser armar el Zoom, pero a su vez se sentía un poco contenta porque, por suerte, esta vez tenía experiencia en esto y quería demostrarle a Bruno, y de paso a Hugo y a Santino, que no siempre estaba tan tecnológicamente atrasada, como ellos solían recriminarle. Había llegado tarde a Facebook, se había sumado casi a desgano a WhatsApp, había pasado por

alto Twitter, nunca había podido comprender bien ni Skype ni Spotify y usaba, muy de tanto en tanto Netflix, porque Hugo, desde la primera semana en Francia, la había sumado al grupo familiar. Pero en esto, en las teleconferencias grupales a distancia de Zoom, se consideraba una verdadera experta. Ya verían ellos lo bien que su madre, que había tenido un televisor en blanco y negro en su casa recién a los once años y que todavía no comprendía muy bien cómo funcionaba un Winco, ya verían ellos, lo bien que, con esto del Zoom, podía manejarse.

3.

Al rato de tratar, en vano, de secar el café derramado sobre el libro de las comedias de Menandro, Roxi se dio cuenta del disparate que iba a resultar todo lo relacionado con el Zoom. No, de ninguna manera, se dijo a sí misma porque, desde que vivía sola, a la manera de los viejos y los locos, había tomado la costumbre de hablarse en voz alta, además de hablarle a Eclipse, la planta brasilera que tenía en la única maceta del balcón. Y empezó a caminar por el piso de madera de pinotea del departamento de San Telmo, cada vez más a prisa, percibiendo cómo lo atemorizante comenzaba a subirle por las piernas, a mitad de esa mañana, a solas, completamente olvidada de la tesis, hablando consigo misma como en un susurro, más bien, repitiéndose a sí misma, una y otra vez, monótona y expansiva:

–No, de ninguna manera. De ninguna manera, de ninguna manera –levantando levemente la voz en una u otra sílaba en la medida en que se le iban apareciendo las caras de sus hermanos, de su tío de Tucumán, de su madre, de su padre, y la posibilidad de que supieran cómo manejar el Zoom, ante una suiza a la que ni siquiera ella conocía, la novia de su hijo de la cual ella misma acababa de enterarse, embarazada de su primer nieto–. De ninguuuna manera.

Tenía que volver a hablar con Bruno, cómo le hacía eso. En la misma llamada le contaba del noviazgo, de Lena, del embarazo y le pedía lo del Zoom. ¡Venía un bebé en camino! Iba a ser abuela.

–No, de ninguna manera.

Ahora Roxi se daba cuenta de que no le había preguntado nada de todo lo importante. Bruno, en una perfecta maniobra distractiva, la había engatusado con lo del Zoom y ella no le había hecho las preguntas que tendría que haber hecho, cómo estaba Lena, de cuántos meses, cómo estaba llevando el embarazo, ¿la estaba controlando algún médico? Y, por otra parte, ¿hablaba español? ¿En qué idioma creía que iba a comunicarse con el tío en Tucumán? ¿En inglés?

–No, de ninguna manera.

¿Y el abuelo suizo? Sería, quizá, como el abuelito de Heidi, un hombre un poco gruñón que solo hablaba... ¿qué idioma? ¿Francés? ¿Italiano? ¿Alemán? ¿De qué ciudad suiza era Lena? ¿Cómo era su apellido?

–No, de ninguna manera.

Roxi exhaló un suspiro que parecía abarcar todo el departamento mientras continuaba la caminata cada vez más a prisa en sus zapatillas compradas especialmente para salir a caminar y dar, por ejemplo, la vuelta completa al perímetro de la Plaza de los Dos Congresos, aunque,

debía reconocerlo, al final solo se había atrevido una vez a recorrer ese universo inexplorado donde ahora las palomas dormían a gusto sobre las baldosas blancas seguras de que nadie iba a interrumpirles el sueño.

–Uff, la tesis... –exhaló Roxi recordada de pronto de su otra parte de la vida.

Resulta que ella se había entusiasmado con la idea de terminar por fin la tesis y ahora todo esto le llenaba la cabeza y también le cubría toda la expectativa de los días siguientes porque no iba a poder dormir pensando en organizar un Zoom que no tenía que suceder.

Se acercó al libro de Menandro y leyó las últimas líneas subrayadas con lápiz negro: «Las diferencias más notables entre el antiguo y el nuevo género son la desaparición de los temas políticos, la decadencia del coro y la transformación del estilo poético en un estilo familiar». Se fijó en la última línea, «la transformación del estilo poético en un estilo familiar», ¿acaso puede haber algo poético en lo familiar?, se preguntó Roxi.

–No, de ninguna manera.

Iba a llamar a Bruno y se lo iba a decir «ahora mismo». Ya eran las nueve de la mañana. En Nueva Zelanda serían las doce de la noche. Quizá Bruno estuviera con Lena, y lo mejor era que los dos descansaran. No, un llamado no, mejor mandarle un mensaje. Agarró el celular y abrió WhatsApp. Bruno le había ganado de mano. Leyó: «Mamá, Lena está feliz. Dice que el bebé se movió de la alegría».

Sí, pensó Roxi, quizá sí, quizá sí pueda haber mucho de poético en lo familiar. Y dejó el celular sobre la mesa.

4.

*«Así que nunca cuestioné lo normal,
porque, ¿qué es realmente lo normal?
Lo normal es lo que conoces y lo que tu familia es.»*

Tell Me Who I Am

De todas formas, aunque Roxi trataba de evitarlo, se le iban apareciendo las caras de sus hermanos, sus hermanos varones, cada uno con sus peculiaridades. Desde siempre se había acostumbrado a la rareza de ser la única mujer en esa mayoría varonil. Sus compañeras de colegio, sus amigas del barrio, las chicas del club le habían hecho todas las preguntas posibles, las más ridículas, las más inverosímiles, las más sinceras, y Roxi no había terminado nunca de creer en la cantidad de fantasía que podía pasar por la cabeza de la gente.

Mentalmente podía recordar, entero, algunos de los interrogatorios:

–¿Cuántos son?

–Diez.

–¿Tenés diez hermanos?

–No, somos diez, hermanos tengo nueve.

—¿Y vos qué números sos?

—La ocho.

—¿Todos varones?

—Sí.

—¿Y te acordás del nombre de todos?

—Sí.

A veces a Roxi le gustaba deslumbrar a su audiencia recitando a toda velocidad el nombre de los hermanos por orden de nacimiento:

—Sebas, Hernán, Manu, José Luis, Juan, Antonio, Daniel, Gaspar y Alberto.

Y a la primera exhalación de asombro, agregaba:

—Y yo, justo antes de los mellizos.

—¿Y no te los confundís?

—No.

—¿Y no les tenés miedo?

—No.

—¿Te pegan?

—A veces, sí.

—¿Y te acordás de sus cumpleaños?

—Sí.

—¿Los querés a todos?

—Sí.

—Vos ¿dónde dormís?

—En mi cuarto, sola.

—¿En serio son todos varones?

—Sí.

—¿Los viste desnudos?

—No.

Las preguntas podían extenderse sin fin. A ella no se le ocurría devolver la actitud inquisitiva hacia sus compañeras con preguntas del estilo: ¿Y vos estás sola? ¿Y no te aburrís? ¿Y no te pone triste no tener con quién jugar? ¿En la mesa solo te sentás con tu mamá y tu papá? ¿De qué hablan? No, Roxi, cada vez con mayor desgano, repetía las respuestas aunque a veces, exasperada, le habría gustado agregar algunas frases, del estilo de que, por supuesto se acordaba del nombre de todos sus hermanos, ¿a quién se le ocurre que te podés olvidar de los nombres de las personas con las que vivís?

Y esas personas, sus hermanos varones, casi todos mayores, ahora casi todos casados y con hijos, se le iban apareciendo mentalmente, las caras superpuestas entre lo que habían sido en la infancia, esos *enfants terribles* como les decía la abuela Nina, y lo que eran ahora, en lo que se habían convertido.

¿Qué hacer? ¿Llamarlos en ese mismo momento y contarles de la buena nueva, del Zoom, del noviazgo, de Lena, del bebé? En qué complicación la había metido Bruno. De pronto reaccionó y pensó en sus otros hijos, ella que también había dado a luz solo a varones, con lo que a ella le habría gustado tener una nena. ¿Y Hugo, en Francia, ya sabría? Seguro que sí, seguro que Bruno ya se lo habría contado a su hermano antes que a nadie, después de todo, Hugo iba a ser tío, llegaba el primer sobrino a la familia, ¿cómo no se lo iba a contar? ¿Y Santino? No, probablemente, Santino durmiera el sueño inocente de la adolescencia sin saber que, a más de diez mil kilómetros de su cuarto repleto de Legos y en donde asistía a clases remotas y jugaba a la Play, un nuevo miembro de la familia comenzaba a tomar forma.

¿Y si fuera una nena? Ah, qué ilusión, ojalá, ojalá, pensaba Roxi, mientras se preparaba un segundo café y diagramaba, en su cabeza, en qué orden haría los llamados, no muy segura de cómo tendría que empezar a contar la noticia, la buena nueva, en ese Zoom que no tenía nada de estúpido pero que seguía apareciéndole tan raro, y tan difícil como atemorizante.

Vigilaba que el agua de la pava no estuviera a punto de hervir cuando sonó el teléfono. Sonia, su madre, que todavía no sabía que un bisnieto o una bisnieta crecía allende el mar, la llamaba de casa de la tía Marita desde el teléfono de línea. Era muy posible que su madre, que apenas sabía manejarse con el celular, no tuviera muchas ganas de participar de la videollamada por Zoom. Y entonces sí, quizá lo estúpido había estado ahí, en creer que iba a poder organizar el encuentro con todos. Al atender, su madre le dijo algo que la sorprendió aún más, y que hizo que olvidara la pava en el fuego, hasta que el agua se evaporó por completo y el olor a acero quemándose la hizo darse cuenta de que podría haberse incendiado el departamento entero, con su mampostería de madera tallada, los mil seiscientos volúmenes en los pesados estantes y el parquet de pinotea común y corriente del siglo pasado. **C**

2020